

El Comunismo tal cual es

Creemos que la muy benemérita obra de Víctor Kravchenko, *Yo elegí la libertad*, tendría un título más adecuado si se denominase el *Comunismo tal cual es*, que sería decir lo que es y será siempre el Comunismo, llevado a la práctica con sus nefastas consecuencias de principios inconscientes y errores filosóficos del mayor tamaño que tiene en su punto de partida.

No decimos esto porque queremos ahora hacer un estudio a fondo de esos oscuros principios y evidentes errores: tan sólo lo recordamos de paso, para que nadie se imagine que eso tan malo que aparece en la actuación del Comunismo en la U. R. S. S., es accidentalmente y como sobrepuesto a esa teoría comunista, que ha dado la vuelta al mundo entero, y que muchos inconscientes de varia cultura parecen aprestarse a darle la bienvenida en todas partes.

El libro de Kravchenko nos enseña que hay que acabar con estas contemporizaciones, dando a la filosofía y a la civilización cristiana, todos los datos históricos que se podían desear para tomar debidamente posiciones en el terreno de la verdad absoluta, repitiendo, *el comunismo es intrínsecamente malo*.

LO QUE ES Y VALE EL LIBRO

Por de pronto, hay que avisar que se trata de un libro voluminoso, lo cual no es un grave defecto tratándose de una obra en la que esperamos encontrar mucha documentación de primera mano, 685 páginas no las tiene cualquier libro, y aquí son muy nutridas y extensas.

El estilo es el de un técnico, que no tiene tiempo ni humor para forjar frases, antes busca en todo la máxima exactitud. No obstante, es agradable por estar apropiado a la materia; y es en suma el propio de un historiador. A menudo hay descripciones acertadas y felices. Recuerdo ésta: Ha sufrido espantosos atropellos de los dos foragidos Cheikstas, Gershgorn y Dorogán en un juicio secreto. Había salido del cuartel de la N. K. V. D. En el vestíbulo de su hotel leyó mecánicamente las

palabras de un enorme cartel: "Hay que cerrar filas en torno a Stalin en aras de la *¡Feliz vida social!*" (p. 389).

'Me tendí sobre la cama. Cualquiera fuera la posición que tomara, veía siempre el retrato de Stalin en la pared. No pensé en el dolor físico sino en la humillación. "De modo, camarada Stalin —hablé conmigo mismo—, que ahora nuestra relación es completa. Nada ha quedado sin decir. Todo está claro. Saludos, camarada Stalin"... (p. 390). "Miré los fríos ojos de Stalin, arriba en la pared, y sentí odio profundo a él y su régimen, tan intenso como jamás había odiado a persona o cosa alguna"... "Me dormía bajo el ojo observador de Stalin"...

Unos pasos y un golpe en la puerta le despiertan. Era su madre, su querida mamacita. "En la excitación del encuentro (p. 391) me había olvidado de Stalin; pero allí estaba y continuaba mirándome. De repente una furia incontenible se apoderó de mi corazón. Aprovechando un momento en que mi madre salió de la pieza, descolgué el retrato de Stalin de la pared, lenta y deliberadamente, como si estuviera realizando un difícil rito de gran trascendencia. Con seriedad ceremonial, no con fruición sino con pena, hice pedazos el retrato y a continuación los hice más pequeños aún. Con todo cuidado llevé los pedacitos juntos al retrete del vestíbulo, los arrojé sobre la taza y tiré de la cadena".

"Escuché el gorgoteo del agua y comprendí que nunca, nunca más, sería lo mismo para el Partido, el Caudillo y la causa". "Finalmente quedaba cortado para siempre el cordón umbilical que durante tanto tiempo me había atado a estas ideas y símbolos".

Ahora, como el libro es la vida personal y política de un funcionario soviético, el futuro lector no necesita saber muchas noticias personales del mismo antes de enterarse por la lectura de las mil peripecias, trabajos y sustos de muerte por las que pasa el comunista, gran figura y muy auténtica del soviético de buena fe. Tal vez le interesará más particularmente saber, lo que leerá en la *posdtada* del libro (p. 683), esto es, que Kravchenko en el momento que desertó de la U. R. S. S. con ánimo de salvar a sus compatriotas de la mayor esclavitud que han visto los siglos, se encontraba en Estados Unidos, en calidad de agregado a la embajada rusa como perteneciente a la Comisión Soviética de Compras.

La lealtad del autor a su patria, o mejor, a la humanidad.
"Cuando abandoné la Comisión Soviética de Compras toda-

vía estábamos en guerra. La necesidad apremiante de una cooperación militar entre las democracias occidentales y la totalitaria Unión Soviética me impuso grandes restricciones. Las acepté de buena gana; la urgencia de una victoria común tomó precedencia sobre cualquier otra consideración; pero ahora, ya victoriosamente concluída la guerra, juzgo no sólo posible sino imperativo hablar plenamente, sinceramente, con toda la eficacia de que sea capaz. *Por eso mi libro*". Huelgan los comentarios a tan franca honradez.

Pero, vayamos al fondo: ¿qué me dice Ud. del valor de la obra? Aquí viene de perlas la frase castellana, vale un Potosí. Y es estupendo el valor del libro, porque es un alegato en favor de la verdad, o lo que es equivalente, en contra de la mentira; y se entiende esto, de una verdad de grandísima trascendencia para las naciones; no de ésta o aquella tan sólo, sino de todas, y en particular de las que están bajo el pesado yugo soviético, Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungría, etc. Mas sobre todo se ha de reconocer que el libro, *Yo escogí la libertad*, tiene el grande mérito de poner en evidencia ante toda persona honrada la mentira o el mentir desenfrenado de que se ha valido y se vale aún el comunismo para consolidar su poder en la U. R. S. S. y para ir penetrando hostilmente por todas partes. Aquí está la unidad de esta extensa obra. Contiene el relato de los más variados acontecimientos de la U. R. S. S., pero conservando todos el mismo sello; el sello diabólico de la mentira. De suerte, que con la mayor naturalidad lógica el lector consciente, al concluir su larga tarea de leer, oye la voz de su conciencia que clama indignada: *El Comunismo es mentira*. Ni decimos sólo que esto sucederá al final de la larga lectura, sino que esta voz de la conciencia se levantará seguramente en los más de los 28 capítulos en que se divide la obra; y aun es muy probable que más de cuatro lectores cansados de ver tan asiduo mentir echarán de sí el libro, no queriendo ya más pruebas de cuán mentiroso es el comunismo, alegrándose por otra parte de que Kravchenko lo haya sabido poner tan valientemente en claro. No nos queda ahora otro remedio que poner algunos ejemplos para fundamentar estas graves afirmaciones.

UN GRAN EMBUSTE COMUNISTA QUE HACE REIR

Se contiene su historiador en el párrafo primero del cap.

19, intitulado, *Tergiversando la historia*. Aunque el engaño llegue a hacer reír a los que no ven toda su intencionada malicia, no decimos que se trate de alguna especie de farsa incapaz de espantar a nadie por su tremenda inmoralidad e inhumanidad. Baste decir que indignó y avergonzó al mismo autor que lo cuenta y entrüsteció mucho a numerosos trabajadores.

La mentira pertenece al género más corriente en todas las publicaciones comunistas de propaganda soviética, en que se presentan las grandes obras o construcciones de la U. R. S. S. como resultado del entusiasmo del proletariado, fruto del fingido bienestar de la inmensa nación, la cual por algo ha recibido la irónica denominación de *Paraíso soviético*. En esta mentira determinada o masa singular de mentiras tomaron parte para hacerla prosperar todos los funcionarios, grandes y pequeños, así en Moscú en el ramo de industrias pesadas, como en Pervouralsk de los Urales, gran fábrica cuyo jefe era Kravchenko, y tenía por director a Jacob Osadchi, el único allí de mayor jerarquía que nuestro autor.

“El asunto empezó con la ruidosa llegada a nuestro puesto avanzado de los Urales (p. 427), de una brigada de activistas procedentes de Moscú, con instrucciones de imponer procedimientos *stakhanovistas* en nuestra fábrica de cañerías. Ahora que producíamos el 85 por ciento de la norma, un buen empujón moscovita nos elevaría a la cumbre del 100 por cien o más arriba. Donde hay una voluntad hay una forma (de llegar al cabo). No hay baluarte que los bolcheviques no puedan conquistar. El trabajo de equipo todo lo puede. Todos juntos, camaradas, por nuestro Caudillo y Maestro...” Siente en estas frases el entusiasmo socialista que se quiere hacer creer al mundo que domina las masas del proletariado ruso. Tal es el objeto del cúmulo de mentiras de que nos va a enterar el precioso libro, en la primera parte de su cap. 19.

Pues bien, los *stakhanovistas*, enviados por el Comisario (Ministro) de la industria, Kaganovich, legaron a Pervouralsk, armados de facultades extraordinarias. “La brigada se empeñó en convocar a mitines de las masas y conferencias técnicas, y nos sometió a todos a largas arengas de agitación”... Los trabajadores se encogieron de hombros e hicieron oídos sordos al bullicio; mas los ingenieros y administradores fueron llevados a una violenta perturbación nerviosa”. — “Apenas ayer, se nos elogiaba por haber alcanzado el 85 por ciento de la norma, pero ahora se nos aplicaba prisión externa para lle-

varnos al 100 por ciento. Sentimos el agravio de la censura implícita. El director Osadchi andaba con la cara larga". — "Tenemos que hacer algo dramático, me dijo suspirando".

Tenía de veras razón para andar con la cara larga, y se la dió sin rodeos al ingeniero jefe llamándole la atención sobre que la prensa de Moscú estaba haciendo mucho ruido sobre aquella demostración *stakhanovista*: de modo que sencillamente no podemos fallar, dijo a Kravchenko, *mi cabeza y también la suya están en juego*.

Osadchi, que así discurría, va a ser el autor del embuste. Hay que conocer al hombre para hacernos cargo de toda su capacidad de engañar a los otros, hasta engañarse a sí mismo, contando con la convivencia de toda la máquina burocrática de la U. R. S. S. Nos lo define así el perspicaz autor: "Osadchi pertenecía al tipo de director de fábrica que tanto abunda en nuestro país. El político que hay en su ser tomaba siempre precedencia sobre el ingeniero. Las aclamaciones oficiales le interesaban siempre más que la producción real; los *records* más que la calidad. Lo que le faltaba en conocimientos técnicos le sobraba en "contactos importantes" en los sectores convenientes. Era un tanto sibarita..." No hay para qué ahondar en esto último.

Prosigamos la descripción del caso. — "Pero ¿qué podemos hacer? —le contesté con otra pregunta—. Usted sabe tan bien como yo que es imposible exprimir más de lo que actualmente sacamos de la fábrica. La oratorio no es sustituto de las herramientas y los metales". — "Mas Osadchi estaba ya empeñado hasta el cuello con el brillante plan".

En realidad el dirigente hablaba con el ingeniero jefe después que ya había tramado su indigna farsa; a quien su propia honradez no le permitía caer en la cuenta de la invención de Osadchi.

Dice, pues, el inocente autor: "Me pidió que le facilitase un inventario detallado de las cañerías acumuladas en nuestros depósitos. Resultó que la cantidad era considerable, como que había existencias fabricadas sin órdenes específicas el año anterior. Le entregué el inventario requerido. — *No fué sino más tarde que comprendí por qué necesitaba esta información, y quedé horrorizado*".

El lector al llegar aquí no se ha de considerar más pícaro o más listo que Kravchenko, porque entienda enseguida la razón de pedir el mentiroso Osadchi el inventario detallado de las

cañerías acumuladas en nuestros depósitos, fabricadas antes sin órdenes específicas, de las cuales, por lo tanto, se podía hacer con relativa facilidad y sin especial trabajo cualquier cosa, *hasta un embuste*, que es lo que planeaba el director de la fábrica. El lector puede caer en seguida en la cuenta de esto, pues por lo que precede está lleno de la idea de la farsa incesante de los procedimientos comunistas, y por ende cae en la cuenta de que la poca honesta mente de Osadchi va por ahí, por las sendas descarriadas de la trampa. Kravchenko empero, aunque sabía mejor que nosotros que su director era inmoral, no atinó luego en la inmoralidad que iba a cometer, porque estaba por su parte sumido en cuerpo y alma en el prosaico realismo de su trabajo y esfuerzo propio y de sus pobres trabajadores.

Pero, es muy propio que haga saber que, al entender el juego, al parecer simplemente ridículo y como una mentira oficiosa de su director, *quedó horrorizado*. Ya irá explicando por qué.

Resultó, pues, que "Osadchi, en convivencia con la brigada (esto es, todos los famosos *stakhanovistas*, los grandes constructores de la U. R. S. S. tomaron parte positiva en el engañar a la nación rusa,), despachó un agente especial a Moscú, el cual llegó a un entendimiento secreto con Kozhevnikov (funcionario próximo al Comisario de la Industria, Kaganovich). A su vez, Kozhevnikov hizo arreglos con la Administración Central de Abastecimientos de Metal para la Industria. Nuestro agente (el de Asadchi que había ido a Moscú para preparar la tramoya) regresó a Pervouralsk con una serie de pedidos de diversos tipos de cañerías a fabricarse para los depósitos de todo el país".

Y aquí viene la historia que parecería un cuento, si el comunismo no nos tuviese acostumbrados a más graves fallas de honestidad. "Por una maravillosa coincidencia, las órdenes pedían precisamente las clases y cantidades de cañerías que teníamos en nuestros almacenes. Sólo necesitábamos limpiarlas, aceitarlas y empacarlas, y ¡atribuirlas a la producción actual! — Una teneduría de libros maulera salvaría el día o el mes para ser más precisos". He aquí un acto, parecido a otros numerosos de la comedia con que el comunismo soviético está engañando al mundo.

"Era un fraude a carta cabal; pero Osadchi, el Comité de la Ciudad, el Comité Regional, los integrantes de la brigada de activistas (*stakhanovistas*) de Moscú y, por cierto, todo el

mundo se mostraron deleitados. Y todos pretendieron estar ciegos a la trapacería (es decir, que de tal manera querían que se engañasen los otros, que aun querían engañarse a sí mismos, como si dijéramos, el comunismo no sólo engaña a todo el mundo eterno sino también a sí mismo)".

La reflexión que horrorizaba a Kravchenko. "Sólo los *chevistas* se rieron a mandíbula batiente, conscientes de que la trapaza les daría ventaja sobre unos cuantos más de los miembros de la *élite* industrial en el territorio soviético. Estaba asegurada, pues, la victoria no sólo del 100 por ciento sino de cualquier cantidad que se deseara". Pero ¿qué mal había en todo eso? Uno gravísimo sobre toda ponderación. El libro está lleno de relatos que ponen en evidencia tanta negrura de males previstos aquí por Kravchenko.

Todo lector capacitado al llegar a eso discurrirá con él, pensando que, gracias a este embuste, los bárbaros de la Cheka, tendrán en adelante las manos libres para llegar a la ejecución o condenación de cualquier ingeniero o director de una fábrica y de muchos otros bajo la incriminación de sabotaje o de no rendir la fábrica tanto cuanto ha sido tasado en el Kremlin que debía rendir. El crimen de la falsa imputación se tendrá por suficientemente probado por este hecho ficticio que se está fraguando en Pervouralsk gracias a la perversidad de Osadchi. A cualquiera puesto ante el temido tribunal o investigación de los *chevistas*, se le tendrá por convicto y confeso de ser un malvado saboteador de las riquezas soviéticas, porque su producción no ha llegado al 100 por cien de la norma, pues la gran fábrica de Pervouralsk, venciendo todos los obstáculos, pudo dar el 114 por cien de lo marcado. Es una razón especiosa, y al mentiroso le basta eso para formular sus juicios, las apariencias. De aquí, que Kravchenko al comprender el engaño, en vez de reír a mandíbula batiente con los *chekistas*, quedase horrorizado.

LA REPRESENTACION DE LA COMEDIA

Comenzó el gran mes de junio (el destinado a superar el cien por cien de la norma en la fábrica). Desde la primera jornada los totales diarios configuraron un brillante nivel *stakhanovista*. ¡mantengan el ritmo!, me aconsejaban los telegramas que llovían de Moscú. Trabajamos con toda intensidad (ya trabajaban lo posible antes no obteniendo sino el 85 por ciento);

mas no se dijo palabra sobre el hecho de que algunos días el 25 por ciento de la pretendida producción era fraudulenta, pues consistía en la cañería procedente de los depósitos. Naturalmente, no se engañaron los capataces ni los obreros. Leían las cuentas diarias y semanales... mas sabían la verdad”.

La verdad acusadora. “Según se acercó la terminación del mes (de la demostración falseada de que el trabajo de equipo todo lo puede), la euforia de los conspiradores pasó por un momento de ansiedad. Estaban un tanto asustados por su maniobra, sobre todo por el despliegue que su *triunfo* merecía en los diarios y en la radiotelefonía. Todos ellos comprendían que algún día la treta podría cambiarse en una acusación por haber engañado “al Gobierno y al Partido”. Estrecharon filas, por consiguiente, los componentes de la brigada moscovita y los funcionarios locales bajo la sensación de la culpabilidad común y del peligro común”.

HONORABILIDAD DE KRAVCHENCO FRENTE A LA MENTIRA

“Yo me negué resueltamente a participar de su círculo”, nos dice. Claro que no era todo amor puro a la verdad. Mas, le habían amargado bastante las acusaciones calumniosas, y confiesa que “Habían llegado a la conclusión, considerados todos los factores, que más seguro estaría si no tomaba parte en esta prestidigitación de cifras”. Y sobre todo, “Estaba consciente en especial de que los totales artificialmente elevados de junio me serían fijados como patrón —imposible de igualar— para los meses venideros”.

“Al aproximarse el fin del gran mes *stakhanovista*, me puse, por consiguiente, a reunir los documentos esenciales, y, a manera de antecedente, redacté un informe completo en que exponía la triquiñuela. Lo dirigí al comisario Kaganovich, a Kozhevnikov, en el Grautrubostal, a Osachi y al camarada Dovbenko, Secretario del Comité de Pervouralsk, guardando copias para mi archivo particular, como seguro para las eventualidades del porvenir”.

Ni es tan de extrañar esta energía de nuestro escritor frente a todo el partido, porque en esta fecha junio-julio 1937-1938 ya su mente y su corazón habían roto, según vimos, con Stalin, su partido y la causa del mismo comunismo; y ahí mismo estaba cumpliendo su inmutable propósito (p. 391):

“Trabajaría para el Gobierno, aceptaría importantes misiones del Partido, pronunciaría discursos; pero todo sería de los dientes para afuera, mera estrategia en espera paciente de la oportunidad para escapar: ¡evasión! Pensaba en ella no como el fin de la lucha sino como la oportunidad para empezarla con todas mis fuerzas”.

Pues la decisión del ingeniero en la crítica del embuste surgió algún efecto. “Osadchi y Doubenko se asustaron sinceramente y sin pérdida de tiempo se pusieron en comunicación telefónica con sus confederados en Moscú, en el Glautrubostal, para ser más precisos, según pude enterarme. Una vez que recibieron seguridades de que contaba con el apoyo de las altas esferas, me citaron al Comité de la Ciudad”; es decir, el comunismo soviético participó positivamente en la farsa de Osadchi, y el mismo Partido hizo públicamente cargos a Kravchenko porque no quería consentir.

LA TENTACION VENCIDA

“¿Está usted loco, Kravchenok? —rugió Dovbenko—. Todo marcha como sobre ruedas; Kaganovich (la suprema autoridad en la materia) está que no cabe de gozo ante nuestro progreso y usted quiere paralizar la máquina. ¿Qué importa si recurrimos a una triquiñuela o dos, cuando tenemos en vista la elevación de la moral de las masas trabajadoras? ¿Carece usted de sentido del deber?” Indignado iba de un lado a otro de la sala. Osadchi, por su parte, se mordía los labios para contener su santa ira”.

Ante tales razones que se daban por tan poderosas, siendo tan huera, el ingeniero triunfaba, sin necesidad de recordarles el octavo mandamiento de la ley de Dios, en que por desgracia nadie de ellos creía. Pero, Kravchenko miraba al porvenir de la fábrica, en que por necesidad se volvería al porcentaje pasado en la obra, que se hacía, y entonces se les acusaría calumniosamente de sabotaje por no igualar la producción fingida de junio.

Dovbenko maldecía, presumiendo que podría salvar la situación cuando esto sobreviniese. — “Usted se mete en una senda peligrosa, Kravchenko, al sobreponer su opinión a las de todos los otros (Qué libertad de pensamiento le concedía). Está desacreditando a la brigada enviada por el Comisario,

esto es, por un miembro del Politburo (el colmo de la autoridad del comunismo soviético. ¡Esto es jugar con fuego!", proseguía. — 'A veces el exceso de honestidad es exceso de estupidez', comentó Osadchi con esta frase tan comunista. — "Necesitamos un poquito de sabiduría terrenal".

A pesar de todos los argumentos, me negué a retirar mi informe, termina el autor.

LA APOTEOSIS DE LA COMEDIA

Pronto finalizó el gran mes, con una gloriosa producción del 114 por ciento. Moscú, Sverdlovsck, Pervouralsk echaron al vuelo las campanas de la victoria. Las páginas de los diarios se llenaron con crónicas del *magnífico triunfo de la fábrica de Pervouralsk*.

En la mañana del 1º de julio recibió de Moscú el siguiente telegrama: "Congratulaciones por su gran victoria. Compartimos su alegría. Le autorizamos a distribuir premios a los trabajadores que se destacaron. Confiamos en que ahora el plan del 100 por ciento será regularmente satisfecho". ¡Qué confianza en la mentira! Por algo le horrorizaba al bueno del ingeniero.

Sigue la crónica de la fiesta. Vinieron periodistas en avión desde Moscú hasta Sverdlovsk, de donde se los trajo en automóviles a Pervouralsk, a fin de que describieran a la nación entera el milagro del *stakhanovismo* en acción. Novo-Trubni (la gran fábrica de Pervouralsk), que en virtud del sabotaje no producía más del 35 al 40 por ciento, unos meses atrás, exhibía ahora orgullosamente un rendimiento del 114 por ciento bajo su nuevo y leal jefe bolchevique ¡el camarada Kravchenko! Las demás fábricas de Pervouralsk destacaron comisiones para saludar a los victoriosos camaradas".

Una pequeña digresión necesaria para entender eso del sabotaje por el cual la fábrica, meses antes, no producía más del 35 al 40 por ciento. Sucedió esto con el ingeniero predecesor allí de Kravchenko. Los chekistas se habían apoderado de él, y ya lo llevaban camino de la liquidación o muerte horrible, con trece meses de cárcel, donde era víctima de toda clase de malos tratos. Afortunadamente para él, los chekistas y Moscú quisieron que la condenación se justificase, haciendo ratificar a Kravchenko las acusaciones de la malhadada policía,

N. K. V. D., sobre sabotaje del ya terriblemente castigado predecesor (pp. 414-420). La intervención del experimentado técnico hizo evaporar la pretendida culpabilidad del sabotaje; pero en la propaganda comunista esta última palabra no ha de faltar.

Volviendo a la fiesta de la victoria en la industrialización, nos encontramos con que se convocó a un mitin de todo el personal de la fábrica para celebrar la hazaña... (p. 431). "Una charanga no cesaba de ejecutar. Millares de trabajadores y de funcionarios, muchos de ellos perfectamente conscientes del fraude, se congregaron delante de la plataforma. Se me ocurrió que percibía una deliberada ironía en el inusitado calor de sus ovaciones y el volumen de sus vítores, mientras Osadchi, Dovbenko, los representantes del Comité Regional y los dirigentes de la brigada de activistas de Moscú decían sus inflamados discursos".

Osadchi estuvo a la altura de las circunstancias. Leyó varios mensajes de congratulación. Los trabajadores, dijo, mediante su maravillosa demostración de este mes, habían confundido a los escépticos y a los críticos. Habían dado una resonante respuesta a los *inmundos saboteadores* y desviadores. Y al terminar gritó:

¡Viva nuestro Partido y su dilecto Caudillo, Maestro, Padre y Camarada, Nuestro Camarada Stalin! ¡Hurra, camaradas!

¡Hurra!, repitieron miles de gargantas y la charanga ejecutó *La Internacional*.

No nos dicen las crónicas cómo reaccionó Kravchenko a esos vítores a papá Stalin, pero podemos deducirlo por lo del cuadro de su habitación.

El mismo explica sus remordimientos por la participación, que le cupo al final de la comedia. La felicidad, dice, parecía imperar por doquier, mas mi corazón estaba lleno de desesperación. Sin quererlo había sido parte del fraude y obligado a aceptar agradecimientos y recompensas en dinero por su consumación. La lucha de clases en acción dentro del comunismo soviético se expresaba ahora en Pervouralsk por voluntad de los amos y señores de Moscú. Los trabajadores, capataces e ingenieros subalternos se hallaban allí en un estado de hosco resentimiento.

Mucho se había cacareado respecto de bonificaciones, pero toda esta gente recibió sólo su paga sobre rigurosa base de

trabajo efectuado (p. 433); puesto que no habían producido más que lo habitual, su única recompensa fué una parte de las bombas y platillos y la Insignia Roja concedida a la fábrica. Sin embargo, el personal administrativo, incluidos Osadchi y yo, recibimos suculentos premios; el 150 por ciento de nuestros salarios básicos. Esto hizo que mis ingresos de junio excedieran a los 4.000 rublos: liberal recompensa por una trapaza que yo pugnaba infructuosamente por revelar. Realmente el comunismo es mentira.

Todavía lo recalca más el autor contándonos: A puertas cerradas y con la ayuda de mis tres ayudantes y del jefe de tenedores de libros, computé la producción real del mes (en que ya habían agregado los *stakhavonistas* de la brigada modelo venida de Moscú). Sin la *producción* espuria de nuestros depósitos, las cifras eran del 87 por ciento, vale decir, un poquito más que lo normal. Y ¡oh ironía de la buena suerte! Media docenas de veces tuve que interrumpir este triste ejercicio aritmético para atender llamados telefónicos de larga distancia con toda clase de felicitaciones. A todo esto los telegramas de felicitación continuaban llegando a montones; uno de ellos era nada menos que de Kaganovich. Entre líneas se puede leer: que ya sabía la verdad y explotaba la farsa.

La brigada de activistas, a su llegada a Moscú, fué recibida en audiencia por el Comisario que acabamos de mencionar, de nuevo a la vista de la prensa. Sus miembros fueron condecorados y rellenados de bonificaciones. La revista, *Para la industrialización* dedicó una página entera al milagro de la fábrica de Pervouralsk, y otros diarios la bendijeron en sus editoriales.

FINAL DE LA COMEDIA

Unas pocas semanas más tarde encontré excusa para ir a Moscú, nos informa Kravchenko, en busca de apoyos para el caso, que mucho me temía de que la *hazaña* desembocara en un escándalo nacional. Korhevnikov (a quien ya conocemos) no disimuló su disgusto; en su condición de uno de los principales gestores del fraude, su propia carrera estaba en juego.

Otra vez la razón de horrorizarse de la farsa que asistía a Kravchenko. —Trate de comprenderme —le dijo—. ¿Cómo puedo hacer frente a los trabajadores y al personal técnico cuando todos saben o sospechan que la gran victoria no fué

sino una gran farsa? Usted sabe perfectamente bien que en los meses venideros no estaremos en condiciones de igualar esta marca artificial. Los trabajadores nada ganarán con ello. ¿Cuál es, pues, la utilidad de toda la maniobra?

—Tranquílese, Víctor —me respondió con aspereza (el defensor de la farsa)—. Su actitud, si puedo calificarla, es muy ingenua. Debería comprender el largo alcance de tales cosas (como esa comedia, se entiende). Si el Partido (el comunismo soviético) considera necesario popularizar determinada clase de actividad —en este caso el *stakhanovismo*— ello se torna una necesidad política en la cual el fin justifica los medios (ecco la malicia del comunismo, no accidental sino sistemática o esencial al sistema). Su alarma es, pues, absurda.

Kravchenko no era ningún moralista para poderle dar al doctor del comunismo la respuesta que se merecía con ese filosofar tan desconcertado; mas todavía el buen sentido puso en sus labios una razón definitiva en contra del comunismo.

Está usted equivocado —replicó al diléctico de la economía materialista—. *No podemos construir sobre una base de mentiras.*

Koshevnikov no pudo comprender tan gran verdad, y perdió la paciencia. “Voy a darle un consejo, camarada Kravchenko”, le dijo; y se lo dió muy según los principios y procedimientos comunistas: “Deje de hacer ruido sobre este asunto, pues de lo contrario se lesionará en el proceso”.

Nuestro autor estaba curado de espantos. No se intimidó y pasó adelante en sus diligencias para que la mentira no pudiese crear las gravísimas consecuencias que preveía horrorizado.

A continuación visité, dice, al director de *Para la Industrialización* (colaborador en la farsa). Pretendió horrorizarse cuando le expuse los pormenores del fraude, y me encareció que le escribiera un artículo antes de abandonar Moscú. Lo hice y envié copia a *Pravda* (la revista de Stalin). Jamás tuve noticia alguna de estos periódicos sobre el particular, ni tampoco de Kaganovich (lo que pone en evidencia la participación de la plana mayor del comunismo en ese nada gracioso mentir”).

L U I S T E I X I D O R, S. J.